
LA EMPRESA NO VA A LA UNIVERSIDAD

J. RAFAEL MARTÍNEZ E.

No es necesario insistir en que la desconexión entre la academia —la educación en general— y la industria laxan la economía y el desarrollo cultural de las naciones. ¿Cuál es el remedio? El único viable, a corto y mediano plazo, es la intervención del Estado que apoye decididamente, con políticas racionales, aspectos como la generación de conocimientos.

Algo de historia nos permitirá visualizar la evolución de estos vínculos. Iniciaba el segundo milenio de la era cristiana y el saber, en sus formas más sofisticadas y académicas, era potestad de la Iglesia. Fue éste, en Occidente, el único grupo organizado que supo identificar y aprovechar las posibilidades de influir sobre la sociedad mediante el monopolio del conocimiento. Salvaguardar y transmitir, cernido por los intereses, el conocimiento acumulado no siempre ha sido el propósito de los grupos o individuos que detentan el poder o conducen los destinos de una comunidad, menos aún coadyuvar con la producción o ampliación de saberes que benefician a quienes gobiernan. Ni siquiera en los tiempos clásicos, cuando la educación era mayoritariamente asunto privado, salvo casos como los de Alejandría y Pérgamo, destellos fugaces a fin de cuentas.

La segunda mitad del primer milenio se caracterizó por una educación que se limitaba, en cuanto a su impartición, a lo que ofrecían algunas órdenes religiosas con las limitantes derivadas de sus intereses y alcances. Hubo un intento del poder secular para participar en la educación, con Carlomagno (a inicios del siglo IX), pero que, aislado y sin ejemplos a seguir, finalmente se diluyó.

Fue en los albores del segundo milenio cuando se hizo patente la intervención decidida de los poderes constituidos para adoptar como elemento de interés la generación y sostenimiento de aparatos institucionales que ofrecieran un tipo de educación que facilitara la existencia de un entorno y organización social, en este caso el feudalismo, que salvaguardara, además, una ideología firmemente enraizada en el imaginario colectivo y con la religión como eje. Bajo este enfoque se podrían formar los cuadros para sostener el funcionamiento de las instituciones, tanto del orden civil como el religioso, gracias a los conocimientos teóricos y prácticos que aquéllos

adquirían durante el aprendizaje de ciertas disciplinas que constituían una mezcla de saberes heredados de los autores clásicos, que comprendían temáticas que iban desde lo ético y lo lingüístico hasta las matemáticas y la astronomía. La componente científica sólo adquirió relevancia hasta el siglo XII, en ese primer Renacimiento que se dio en los bastiones universitarios y que mucho tuvo que ver con las escuelas de traducción del árabe al latín asentadas en Toledo, Córdoba y Sicilia, principalmente, y cuyo elemento innovador central fue contar con la *Física* de Aristóteles.

Las primeras instituciones educativas usualmente eran denominadas *Studium Generale*, y sólo hasta 1088 fue que nació en Bolonia la primera ‘universidad’, cuyo nombre tiene una génesis interesante, y que por el espacio diremos únicamente que en sus orígenes simplemente designaba a grupos de personas compartiendo ciertos intereses comunes —como hablar la misma lengua, o venir de la misma región— y que en el mundo académico devino en una asociación de alumnos, o de profesores, o de ambos, que se regían por ciertos estatutos y cuyo propósito era la educación. Estas instituciones estaban sometidas a la influencia del poder eclesiástico, donde el Papa en turno era quien les confería la legitimidad en el momento de su creación. Las autoridades civiles o los señores feudales, sin importar su rango, no gozaban de este privilegio. En España, por ejemplo, no fue sino hasta 1252 que Alfonso X otorgó el título de ‘Universidad’ al entonces *Estudium* de Salamanca. Con ello se abrió la posibilidad de que no sólo el Papa o el emperador pudieran crear universidades, pues ahora también el rey podía hacerlo, signo de la ruptura del monopolio eclesiástico de las instituciones educativas por parte del poder secular. Ello no obstó para que el Papa Alejandro IV interviniera para concederle la *licentia ubique docendi*, es decir, la validez universal de los títulos que otorgara como institución.

Conforme pasó el tiempo, y ante las nuevas necesidades derivadas de mejores condiciones climáticas, mejores cosechas, crecimiento de las ciudades y de la población, lo que debía aprenderse fue agrupándose en nichos, cuyos contenidos eran seleccionados y codificados con metodologías propias de su propósito. Unos respondían a cuestiones asociadas con el trabajo manual, otras a necesidades bien identificadas como sustentadas en los saberes matemáticos. Éstos, enfocados a la administración y recurriendo a los textos de al-Khwarismi, Euclides y los recientemente popularizados por Leonardo de Pisa, conocido como Fibonacci, quien aprendió de las aplicaciones comerciales de las matemáticas árabes a partir de sus viajes y estancias por el norte de África y las adaptó a las necesidades de las prácticas comerciales italianas. Evidentemente, también estaban los saberes asociados con las disciplinas más sublimes, como la filosofía y la teología, las que para ser asimiladas requerían de una preparación que requería años de estudio. Esta situación llevó a que los poderes fácticos en-

focaran sus estrategias a generar medios de transmisión del conocimiento, unos ocupándose de lo necesario para las prácticas de ciertos oficios, de donde surgieron las escuelas de los gremios, otros dirigiéndose a saberes más sofisticados, para lo cual se generaron las escuelas de ábaco, y otros más podrían requerir elementos de las anteriores para ser utilizados en los talleres o *botteghe*, donde se entrenaba en la práctica de orfebrería, pintura, escultura, el arte de la construcción, y para lo cual se les enseñaba geometría y aritmética elemental. Finalmente, queda por mencionar a las universidades, de las que ya se habló previamente. Estas instituciones eran dirigidas por los sectores de la sociedad interesados en sus productos, con alguna participación mixta en algunos casos. A fin de cuenta eran las fuerzas del mercado y las ideologías las que configuraban los contenidos con base en propósitos bien establecidos que de paso mantenían o generaban jerarquías sociales que daban pie lo mismo a ciertas formas de explotación como a productos excepcionales como catedrales, puentes, planificación urbana, ciclos pictóricos y demás. En la cúspide de las instituciones estaban las universidades, sujetas por tradición a visiones sustentadas en valores religiosos, en particular de la escolástica, la forma más sofisticada de educación y visión del mundo, surgida de la asimilación del aristotelismo con las doctrinas religiosas.

Lo anterior llevó a una dicotomía que de manera simplificada separaba las 'artes serviles' —las actividades que se realizaban 'con las manos'— u oficios de los siervos, de las 'artes liberales', las propias de las personas libres, las que se pueden dedicar a lidiar con las disciplinas especulativas, como las leyes o la filosofía. Estas últimas eran la esencia misma de lo que se enseñaba en las universidades, donde se aprendía a apreciar la música y entender el orden de los astros en el universo o llevar una vida sustentada en valores éticos, o sumirse en los laberintos de la filosofía o la teología, todo ello gracias a que sus practicantes no estaban sujetos a la tiranía de la acción, a menos que ellos mismos así lo decidieran, como sería el caso de quienes participaban en acciones militares o se ocupaban de la conducción de los asuntos cortesanos.

Las nuevas condiciones derivadas de la recuperación de muchos textos antiguos que habían quedado abandonados en monasterios o catedrales dieron paso a un movimiento intelectual que consistía en aspirar a expresarse, verbalmente y por escrito, con la sapiencia y elocuencia de los modelos clásicos, como Cicerón o César. A ello se sumó el arribo a Italia, principalmente, de multitud de textos nunca antes disponibles para los europeos, traídos por quienes, al huir de las agresiones turcas a Constantinopla, decidieron emigrar. Toda esta nueva energía se plasmó en los llamados *studia humanitatis*, cuyos seguidores integraron la corriente conocida como 'humanismo' y que creció desde Italia, con uno de sus focos en la escuela platónica en Florencia, auspiciada por los Médici y liderada por

Marsilio Ficino. Aquí se ponía de manifiesto un cambio en los derroteros educativos auspiciado por la clase gobernante. Esta renovación alcanzó eventualmente a España y se concretó cuando el cardenal Cisneros quiso modernizar la educación ‘superior’, misma que ya demandaba el enfoque humanista y que llevó a la creación de la Universidad de Alcalá de Henares, con una visión educativa, sociológica, política y cultural que se levantaría sobre una estructura física innovadora, una especie de ciudad universitaria con rasgos neoplatónicos y que recuperaba la idea de *Civitas Dei* agustiniana. Esto hubiera sido imposible sin el apoyo del Papa Alejandro VI y el patronazgo de los Reyes Católicos. Corría el año de 1499 y el impacto del descubrimiento de América apenas se hacía sentir.

La llamada ‘época de los descubrimientos’ —siglos XV y XVI— no pudo haber acumulado los hechos que la definieron si no se atiende al apoyo que algunas monarquías y grupos de emprendedores —además de los aventureros— otorgaron a los cartógrafos, astrónomos, fabricantes de embarcaciones, navegantes y demás personas que con amplios conocimientos en sus áreas de trabajo contribuyeron a esta epopeya. Los efectos del saber, práctico y teórico, en pocas ocasiones se ha hecho tan patente, dada la envergadura de la empresa. Tal vez sólo hasta el siglo XX se vio algo semejante cuando se emprendió la carrera por la conquista del espacio, con dos sistemas de producción antagónicos y en competencia, a saber, el bloque soviético y los norteamericanos, quienes pusieron sus recursos económicos y sus academias al servicio de esta empresa. Cabe señalar que ya han pasado sesenta años de esa epopeya para la humanidad y el siglo XXI sigue reclamando soluciones a múltiples problemas de viejo cuño, como el alimentario y la desigualdad social y económica, y otros nuevos como la contaminación, el ya aceptado cambio climático y la creciente desigualdad tecnológica y educativa que no hace sino ahondar los contrastes entre las naciones.

Entonces, para responder a la pregunta que motiva esta respuesta sobre el ‘papel del Estado en la generación de conocimientos’, mi consideración es que debe ser el principal responsable y promotor de la educación en general y, puntualmente, de la producción de conocimiento. Las empresas no acuden a las universidades, ni para informar ni investigar ni, salvo raras excepciones, para consultar. En países como México, siempre siguiendo modas que las más de las veces sólo acomodan entretenimiento o formas de consumo en beneficio de los grandes capitales, se necesita, irremediablemente, la intervención del Estado y, sobre todo, que su apoyo a la educación incluya el beneficio de las mayorías.